

Libertad religiosa y educación

CIRIACO IZQUIERDO
Instituto Penitenciario para jóvenes
LIRIA (Valencia)

1. EDUCACION Y LIBERTAD

Educación y libertad son dos palabras que se repiten hoy frecuentemente, con razón. Porque el animal es lo que es y como tal vive y se comporta: el león siempre como león y como alondra siempre la alondra. Pero el hombre no se limita a ser lo que es; sin dejar de serlo, lo puede ser de muy diversas maneras. El hombre puede ser, en cierto sentido, más o menos hombre. Y lo es más precisamente, en la medida en que posee más educación y más libertad.

Libertad y educación son, asimismo, dos palabras que hoy se emplean frecuentemente unidas. Con razón, también. Porque expresan dos nociones íntimamente relacionadas, parcialmente coincidentes, radicalmente idénticas. El hombre puede educarse porque es libre y puede ser libre porque se educa; sólo se educa el hombre, liberándolo; sólo se libera, educándole.

La mutua implicación de educación y libertad es el tema de este trabajo, con una proyección trascendente al ser hombre contemplando esa implicación en su dimensión religiosa. Por eso, educar es liberarse de algo para acceder a algo que enriquece, que perfecciona. Liberarse es autoposeerse. Pero autoposeerse no es para el hombre un estado en el que se reposa. Es un proceso en el que se avanza o retrocede. Autoposeerse es disponer de sí. Disponer de sí no es algo absoluto. Se dispone más o menos. Disponer de sí no es dominar un vacío desde una potestad completa, ni siquiera imperar sobre una cosa que se pliega dócilmente a nuestro mandato. Es disponer parcialmente de una realidad inagotable y cambiante que cuesta con-

quitar. Se dispone de sí mismo cuando se avanza en la conquista de sí mismo, cuando realmente se abren nuevos dominios de real y efectiva autoposesión

La libertad del hombre es siempre «libertad de» y «libertad para»: libertad de algo que limita, «para» acceder a algo que me perfecciona o enriquece, liberarse es siempre quitar trabas para llegar a realidades más plenas. No es verdadera liberación la que, deshaciendo lazos que impedían la autoposesión de un sector de sí mismo, no abre caminos para mejor disponer de esa parcela. No es verdadera liberación, sino, al contrario, pérdida de libertad, la que elimina barreras para hundir al hombre en zonas de mayor sujeción y enajenamiento. Sólo libera lo que perfecciona. Lo que rebaja, esclaviza.

Educar a los hijos es liberarles de trabas y hacerles capaces de liberarse a sí mismos de obstáculos y barreras que impidan o dificulten su desarrollo personal. Pero la verdadera educación es liberación verdadera. Y ésta no termina ahí. No basta quitar trabas, hay que abrir caminos, no basta eliminar la ignorancia o el temor o la debilidad. Es preciso que el conocimiento, el valor, la fortaleza conduzcan a mayor plenitud y autoposesión. Porque el conocimiento puede llevar a una mayor ignorancia que es la del que se cree sabio, el valor a la temeridad sin sentido; la fortaleza a la soberbia que ciega o a la enajenación del hombre en la complacencia de su poder. Liberarse es poseer más hondamente una personalidad mejor, que sólo se alcanza asumiendo un ser más pleno.

La libertad entraña una dialéctica de posesión y entrega, de dominio y sumisión, de rebeldía y servicio. No empieza el hombre a liberarse sino cuando rompe una traba y la domina, cuando se rebela contra los límites que en toda situación encuentra, pero no termina de liberarse sino cuando más allá de esos límites, posee algo más valioso a lo que se entrega, se somete libremente a lo que le perfecciona, ofrece su disponibilidad al servicio de una mayor plenitud.

Y aquí es donde radica la importancia de esa libertad religiosa de esa educación libre y consciente de una vida de fe, de una orientación libre de esa dimensión religiosa del hombre.

2. EDUCACION RELIGIOSA

Tal vez el concepto más profundo de educación es el que la presenta como un proceso de ayuda al ser humano, con el fin de capacitarle para formular y realizar su proyecto personal.

Si la educación es en su forma más perfecta la realización de sí mismo, sólo es posible donde la conciencia moral es activa. El fundamento real de edu-

cación está justamente en el ser personal del hombre, en esa situación de dignidad respecto de los puros objetos, que lo constituyen en un ser singular, solidario y libre.

Si únicamente nos fijamos en la condición humana del hombre, correríamos el riesgo de malentenderlo, de caer en el error tan frecuente de tantas ideologías, de absolutizar al hombre, partiendo de la evidente superioridad que tiene de las cosas que le rodean.

Pero el hombre no es un *ser absoluto* que pueda ser y vivir desligado de toda relación con la realidad, alguna fuera de él. Empieza por recibir de otros su propio ser. Es una criatura, y esto explica todas sus limitaciones. Pero también es *hijo de Dios*, y en esa condición se apoya toda su grandeza.

La idea directriz que da sentido a la persona a su vida la adquirirá o la elegirá la persona entre aquellas cosas que para ella constituyen un valor importante y firme. Aunque el supremo valor trascendente que verdaderamente da sentido a la vida, ordena e integra toda su existencia, es el *valor religioso, la fe*.

El hombre, dice López Ibor, «necesita creer en algo con la misma necesidad radical e insobornable con que un cuerpo necesita agua para no morir de sed. Si no accede a la verdad revelada, se contenta con una forma mítica, llámese como se quiera la creencia, le da una forma de seguridad espiritual que le ayuda a soportar su carácter itinerante, "el mundo está sediento de verdad religiosa"».

Es indudable que la religión ocupa un lugar central en la vida del hombre y persiste con mucha mayor fuerza, más vitalidad y también mayor flexibilidad de lo que actualmente creen los críticos. El verdadero centro de la vida humana, lo que puede dar una jerarquía, un orden, un sentido a todo, es el trato con Dios.

3. DIMENSION RELIGIOSA DEL HOMBRE

El Concilio Vaticano II parte de esta esencialísima afirmación cristiana: «Desde su nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por amor a Dios que lo creó y por amor amor de Dios que lo conserva» (núm. 19, libertad religiosa).

Dios no forma parte de la realidad humana cósmica, Dios no aparece a la consideración como objeto de reflexión. «Sólo se puede decir que el hombre vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce ese amor y se confía por entero a su creador.»

En el Génesis se presenta como imagen de Dios. Ser imagen de Dios es algo que se refiere hoy a la que llamamos *dimensión religiosa del hombre*. Así,

el hombre es presentado como imagen de Dios, porque se le encomienda la tarea de llevar a término la obra de la creación: «Dijo, hagamos al hombre a imagen...»

En otras religiones, lo «religioso» se da como alternativa de la tarea humana y mundana del hombre, para «religarse» con Dios hay que renunciar o aminorar la tarea de construcción humana y mundana. En la religión bíblica, la propia dimensión religiosa del hombre consiste en su responsabilidad sobre esa construcción del hombre y del mundo.

El hombre es imagen de Dios, porque va a seguir llevando a su término la obra comenzada por Dios. Esta tarea «religiosa» está ligada con la propia dimensión material y corporal del ser humano y mundano.

La misma ética cristiana está primariamente proyectada hacia el hombre, antes que hacia Dios. El primero y principal precepto es precisamente el amor al prójimo. A Dios se le busca siempre a través del hermano. La fe es un diálogo entre el hombre y Dios, en donde éste acosa al hombre con esta insistente pregunta. ¿«Dónde está tu hermano?» Gén, 4, 9 y en Mt 25, «tuve hambre...»

Puede haber dos tendencias falsas e inauténticas de lo religioso:

a) Cuando se tiende a lo religioso huyendo de la vida natural y de sus cometidos. Lo religioso no es vivido espontáneamente ni en su originalidad ni en su decisión auténticas, sino que la tendencia a lo religioso es la huida ante el inevitable riesgo de la vida.

Inclinación de naturaleza reactiva en dependencia de una necesidad de evadirse de sus sentimientos, sus instintos e impulsos, pero también de sus ambiciones sociales.

b) Otros viven al margen de la verdad, en nombre de una vida intelectual, social o erótica cultivada unilateralmente.

Cualquiera de las dos posturas hace cuestionable la autorealización del hombre. De tal manera está concebido el hombre por constitución como un todo, que la injustificada imposición de unos determinados rasgos esenciales a costa de otros, no sólo destruye la totalidad anímico-espiritual del hombre, sino que la expone también a los procesos de la pérdida de sentido, de evasión y de la degeneración.

La educación de la fe es lo más esencial e importante, porque se trata de ordenar la vida del hombre hacia Dios, a su visión. Es la base de el cristianismo y de toda la teología, supone un acercamiento de Dios al hombre, que nos introduce en su intimidad (Jn 15, 15), «ya no siervos, sino amigos»), la fe es el primer paso de la amistad con Dios. En el plano de la fenomeno-

logía, la fe es algo personal y nos comienza a centrarnos en Dios, y Dios comienza a ser centro de todos. La fe penetra a todo el hombre, entendimiento y voluntad toda su vida.

4. LIBERTAD RELIGIOSA

La declaración del Concilio sobre la libertad religiosa viene a constituir un punto de partida de las relaciones mundiales frente a los problemas de tipo religioso. La libertad religiosa consiste en la búsqueda de la Verdad, esto no quiere decir, ni mucho menos, que se trata de un derecho a la independencia, indiferencia religiosa o abandono religioso, sino a una postura sería que nos lleve a tomar decisiones inteligentes de cara a nuestra conciencia sin coacción alguna por las autoridades humanas. En el fondo de su ser el hombre tiene un deber moral de buscar la verdad. No hay indiferencia ante Dios. Un derecho hacia los demás. Hacia fuera, yo tengo un derecho de ser respetado.

La libertad religiosa engloba dos elementos fundamentales: dominio de sí mismo y repertorio de valores. Su grandeza no es porque exista, sino por existir para algo, para alguien; para la Verdad, el prójimo y Dios.

El hombre debe conseguir su último fin en forma libre y obligatoria (pues frente a Dios no es autónomo) como para fabricarse una norma moral de conducta. Dios le presenta un plan y le da la oportunidad de elegir. La libertad verdadera se valora en la medida que acierta en la elección.

Se trata de una libertad *para*. Con ello queremos decir que no es un valor absoluto, una cosa que se basta a sí misma, un fin en sí. Los cristianos no pueden pedir libertad religiosa simplemente por gozar de ser libres, sino para poder servir a Dios libremente. Nuestra naturaleza humana relativa y creada condiciona todas nuestras facultades, incluso la de ser libre, y las pone al servicio del Creador. Por eso, es un grave error emplear como sinónimos los términos de «libertad» y de «independencia». Decía Gustavo Thibón: «Cuando decimos «ser libre», el énfasis se debe poner sobre *ser*, más bien que sobre *libre*». Un hombre es libre en la medida en que él es lo que es... Ser libre es tener el poder de desarrollar la propia naturaleza, no según los caprichos de una voluntad arbitraria, sino conformemente a las leyes eternas y divinas. Así pues, libertad es, ante todo, obediencia espontánea a Dios, obediencia aceptada y vivida en lo interior. En suma, la libertad religiosa no es un absoluto; es la libertad ante los hombres para poder libremente servir a Dios.

En segundo lugar, se trata exclusivamente de una libertad *ante los hombres*. Este elemento distingue esencialmente la libertad pedida por el Concilio de la libertad de «conciencia» de tipo liberal y agnóstica. El mismo título

de la Declaración precisa que se trata del «derecho... a la libertad *social y civil* en materias religiosas». Y en el núm. 1: «la libertad religiosa que los hombres demandan en el ejercicio de sus deberes para con Dios consiste en la inmunidad de coacción en la sociedad civil». «Más tarde, insiste en que el fermento evangélico fue ahondando en los hombres la persuasión de que, en materia religiosa, la persona debe conservarse inmune de cualquier coacción humana dentro de la sociedad.» El documento conciliar pide un estatuto jurídico, según el cual el hombre tenga derecho a la inmunidad de toda coacción en materia religiosa. De esta única libertad en materia religiosa trata nuestro concilio.

El tercer y último elemento de esta clase de libertad es que se ha de ejercitar en *materia religiosa*. Esto determina muy exactamente cuáles son los actos que, en virtud de esta libertad, deben estar sustraídos a toda clase de coacción social por parte de los individuos, de los grupos sociales o de autoridades civiles.

El concilio habla de libertad religiosa, que de ninguna manera es equivalente a libertad de cultos o libertad de conciencia; pretende simplemente hablar de la libertad religiosa o libertad en materia religiosa para conseguir el más fiel cumplimiento de las conciencias de las personas en esa tendencia de caminar hacia Dios.

En conclusión, la libertad religiosa consiste en el derecho de la persona humana al libre ejercicio de su religión según los dictámenes de conciencia. El hombre no goza de libertad de conciencia respecto al ser supremo, pero sí frente a sus semejantes y a los poderes públicos.

La dificultad en servir a los semejantes radica en la pérdida del sentido del hombre proporcional a la pérdida del sentido de Dios, y viceversa, cuanto más se honra a Dios más se valora al hombre. Cuando se niega a Dios se pisotea al hombre. Por tanto, no es una independencia de Dios. Esa falaz libertad con la que sueñan algunos es una desastrosa forma de libertinaje, de fatales consecuencias para el individuo y la sociedad. El hombre tiene la obligación de seguir su propia conciencia, obligación de buscar la verdad y obligación de huir del error.

5. ¿QUE NOS DICE LA BIBLIA SOBRE LA LIBERTAD DEL HOMBRE?

La Biblia no nos da definiciones de la libertad, porque la Biblia no es un tratado de filosofía. La Biblia nos traza un camino; el camino que ha seguido Dios a lo largo de la historia de la salvación, para liberar a los hombres de todas esclavitudes.

Uno de los aspectos esenciales del Evangelio de Jesús es la libertad: «Hermanos, vosotros habéis sido llamados a la libertad», Gál 5, 13. Cristo ha ve-

nido «a anunciar a los cautivos la liberación, a devolver la libertad a los oprimidos» (Luc 4, 18).

- A lo largo de la Biblia, como historia de la salvación, vemos cómo Dios se ha encargado de liberar a su pueblo.
- Cómo la fe en Cristo hace posible la auténtica libertad.

Dios ha liberado a su pueblo

Podemos recordar las grandes intervenciones de Dios en la historia del pueblo escogido, encaminadas a hacer de un pueblo de esclavos un pueblo de hombres libres.

El origen del pueblo judío está marcado por la liberación por Dios de la esclavitud en Egipto, Exodo 1.15.

Dios libera a su pueblo de la cautividad de Babilonia.

Cristo es nuestro libertador

Cristo nos ha liberado del pecado, Col 1, 13.

Cristo nos ha liberado de la muerte, Jn 3, 14; 5, 24.

Cristo nos ha dado la libertad de los hijos de Dios, posible para todos aquellos judíos o paganos, que se adhieren a El por la fe y la caridad.

La libertad no es algo que al hombre se le concede de una vez para siempre. Tenemos que educarnos para la libertad. La libertad se conquista. La constancia nos tiene que ayudar a conquistar nuestra libertad, pero la verdadera libertad de los hijos de Dios, aquella que nace de la dignidad de la persona humana, que tiene su fundamento en nuestra fe en Cristo y que se ejerce siempre en la caridad.

6. INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN LA VIDA RELIGIOSA

El sociólogo Wach afirma que en cualquier cultura la actitud religiosa de los adultos depende estrechamente de la experiencia religiosa que éstos han vivido en el medio de origen y, sobre todo, en el familiar. Así, el hijo de un budista será probablemente budista, como el hijo de un cristiano será probablemente cristiano.

En los estudios realizados en España sobre esta materia en las respuestas a la pregunta sobre cuál es la causa que ha influido más positivamente en la vida religiosa, se ve claramente que la influencia de la familia es la que más pesa (40 por 100).

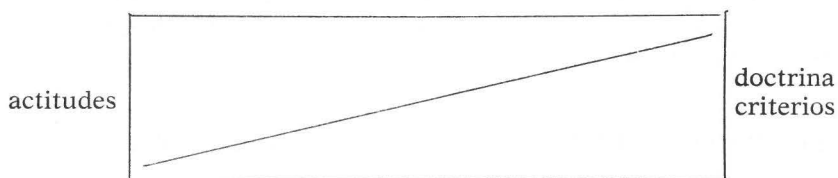
Por tanto, se puede afirmar que la religión del individuo se modela, en gran parte, sobre la religión de la cultura a que pertenece.

También se puede afirmar que el ambiente es un factor propicio, pero no decisivo. En una encuesta belga (de Pierre Delooz) aparece que cuando los padres no practican se da un 76 por 100 de jóvenes con dudas religiosas; si los padres practican, un 58 por 100 tienen dudas de fe. Al mismo tiempo, se dan casos (1/3) de individuos que pertenecen a familias arreligiosas que desarrollan actitudes religiosas.

Existe, por tanto, en muchos casos una religiosidad social (este aspecto es común a otras muchas actitudes de la vida de los individuos); la actitud religiosa será perfecta cuando sea plenamente interiorizada y personalizada. Si no se da bien este paso es cuando tienen lugar las defecciones en tiempos de crisis.

El mismo Directorio catequístico universal reconoce (núm. 78) la importancia de esta edad y afirma que el cúmulo de experiencias que el párvulo vive constituyen el fundamento de la vida de fe, la cual se explicitará y se manifestará posteriormente.

De aquí podemos concluir que los primeros años de vida son decisivos para el futuro, y esto nos está exigiendo una orientación a nivel familiar y escolar de cómo se debe inculcar el espíritu religioso. No se trata, como estamos indicando, de inculcar ideas, sino de despertar inquietudes y de formar actitudes personales; tienen más importancia los gestos, las oraciones que las lecciones doctrinales. Desde este momento se emprende un camino inversamente proporcional entre actitudes y doctrina que podríamos representar en el gráfico siguiente:



Se trata desde el primer momento de inculcar en el niño en el hogar una serie de actitudes básicas, como el rezar al acostarse, al levantarse, juntar las manos, ponerse en actitud orante... y al mismo tiempo ir acompañándole de oraciones sencillas, hablarle de que la oración es hablar con Dios, Jesús, del amor a la Virgen y expresarlo con gestos y actitudes sencillas, y así ir ascendiendo en los problemas doctrinales y disminuyendo la intensificación de los problemas de actitudes, esto exige una dedicación a los hijos, que necesitan ese horizonte de alegría y esperanza. Este Gráfico, por otra parte, nos señala el desarrollo de una fe que en la infancia es «imi-

tativa» y al llegar a la adolescencia debe ser «personal», ese cambio será fácil si ha ido precedido de esta orientación y vivencias pedagógicas en el ambiente familiar y escolar.

En la práctica, al llegar la adolescencia nos encontramos con personas que necesariamente van dejando las influencias de su hogar para pertenecer a un grupo más amplio, donde buscan su autorrealización. Evidentemente, según la actuación anterior de los padres, el adolescente tendrá más o menos dificultades al enfrentarse o al sentirse parte de un entorno más amplio. Lo importante es que anteriormente no importaba si el chico no se había abierto a una comunicación con personas fuera de la familia; ahora depende de ellos para la misma vida.

De todas formas, esto no es decir que lo que hagan los padres no tiene importancia. En principio, depende de los padres la preparación adecuada para que el adolescente esté en condiciones de enfrentarse *inteligente, libre y responsablemente con el cambio*.

7. RESPONSABILIDAD DE LOS PADRES EN LA FORMACION DE SUS HIJOS

Al hablar d educación en general y de la educación en la fe en particular, podemos destacar una parte de la actuación de los padres, que es acelerar el proceso de aprendizaje de los hijos.

Para que exista la posibilidad de esta aceleración tiene que haber una intencionalidad en la actuación de los padres, si no los hijos aprenderán al azar seleccionando lo que les interesa, lo que les apetece, en lugar de aprender lo valioso, presentado de un modo interesante y apetecible.

A la vez debemos pensar que no educamos por lo que hacemos ni por lo que somos, sino por la unidad del *ser hacer*. Por eso, el esfuerzo por actuar congruentemente con unos criterios valiosos es lo que influye más directamente en las personas que están a nuestro alrededor.

Como en todo proceso de mejora, hay que referirse a los aspectos a atender, cultivar, orientar; y a los aspectos que son obstáculos para el desarrollo del individuo.

a) *La educación en la fe*

Creemos sin lugar a duda que la libertad religiosa se identifica y concreta en una educación a la fe en nuestro contexto, y de aquí vamos a partir. La fe es un don de Dios, concedido gratuitamente. Por eso, los padres no pueden *dar* la fe a sus hijos, aunque los padres han de ser para con sus hijos

los primeros predicadores de la fe, tanto con su palabra como con su ejemplo (*Lumen Gentium*, núm. 11).

La misión de los padres se podría resumir diciendo que es la de crear las disposiciones adecuadas para que sus hijos respondan generosamente y reciban ese don de Dios; y si ya la tienen, como ocurrirá en la mayoría de los casos, para conseguir que esta fe se haga en ellos cada día más «viva, explícita y operativa» (*Decreto Christus Dominus*, 14, Concilio Vaticano II).

En todo tipo de educación, los padres pueden actuar de modos muy diversos. En este caso, se trata de ver qué asuntos deben atender y cómo, para conseguir las disposiciones adecuadas previamente mencionadas, sabiendo que para profesar esa fe es necesaria la gracia de Dios.

Sin tener en cuenta las características personales de cada hijo y de las distintas edades, vamos a considerar lo que puede significar para los padres «crear las disposiciones adecuadas en los hijos», que es lo mismo que educar en la libertad religiosa o en la fe:

1. Los padres deben rezar por sus hijos. La acción de unos padres que excluyeran este medio haría pensar que el fin de su intención no era crear una situación óptima para que sus hijos aumenten la fe, sino más bien que conocieran la vida de Jesucristo y que se comportaran únicamente con este ejemplo a nivel humano. Recordemos la ejemplaridad de Santa Mónica rezando por su hijo Agustín...
2. Los padres deben ayudar a sus hijos a conocer a Dios y a tratarle. Es decir, se trata de hablarles de la vida de Jesucristo y enseñarles la doctrina de su Iglesia.
3. Los padres deben preparar y motivar a sus hijos para que, por propia iniciativa, relacionen su vida cotidiana con Dios, estableciendo una relación personal con El y traduciéndolo en una vida de fe viva y operativa.
4. Los padres deben conocer a sus hijos de tal forma que puedan ayudarles a superar los obstáculos que a nivel humano dificultan una auténtica vida de fe.
5. Los padres deben conocer las influencias más decisivas que actúan sobre sus hijos adolescentes. Evidentemente, existe una relación estrecha entre actuación previa de los padres y la situación actual de los adolescentes, aunque no siempre es fácil reconocerlo.
6. Los padres deben orientar al adolescente en sus incursiones en la vida, procurando que las situaciones que encuentre sean positivas para que el adolescente tenga libertad real, es decir, la posibilidad entre alternativas positivas.
7. La influencia del entorno puede llegar incluso a neutralizar toda la educación que el adolescente haya recibido antes, si el adolescente está aban-

donado a sí mismo. Los padres no deben actuar autoritariamente, pero tampoco deben dejar de orientar a sus hijos con el pretexto de una falsa libertad o de una libertad mal entendida. Tan grave es actuar con autoritarismo, como con proteccionismo, abandonismo, etc.

8. Los padres tienen la grave obligación de desarrollar su propia vida de fe, no sólo cumpliendo con la obligación que impone, sino también aprovechando al máximo los medios más eficaces que la Iglesia le ofrece.

A continuación vamos a considerar las consecuencias de lo sugerido en alguno de estos puntos.

Conocer a Dios

Parece lógico que los padres que quieren instruir a sus hijos en la fe católica lo hagan contando con una preparación personal adecuada; es decir, que conozcan a fondo la doctrina cristiana. Sin embargo, hay dos tendencias que podemos comentar: 1.^a hay padres que creen o, mejor dicho, prefieren mantener que la instrucción religiosa es asunto de los colegios o de los sacerdotes. Sin embargo, ya hemos indicado que los padres son los primeros educadores de la fe de los hijos, y como la fe es algo importante deben prepararse adecuadamente para explicarlo.

A veces sería significativo el preguntar a los padres cuánto tiempo gastan para enseñar a sus hijos a jugar, pescar, hacer sus tareas... y cuánto tiempo gastan en hablar a Dios de sus hijos y cuánto tiempo gastan en hablarles de Dios. Si los padres no instruyen a sus hijos en la fe, no están cumpliendo con su grave obligación.

Y la 2.^a tendencia, hay padres que creen que instruir en la fe católica es coartar la libertad de sus hijos. Les parece injusto comenzar desde pequeños sin que ellos puedan tomar su plena decisión, conformidad o también no les parece justo que solamente se les hable de la religión católica, cuando el ideal sería que tuviera un conocimiento de las principales religiones y así pudiera tomar una decisión acertada y lógica. Sin embargo, la persona está hecha de cuerpo y espíritu. Por eso le atendemos materialmente para que no muera, pues lo mismo debemos hacer con el espíritu. Por la recepción del Bautismo el niño ha entrado a formar parte de la Iglesia, ha recibido una vida sobrenatural que debe alimentar y desarrollar.

Antes de los siete años los padres deben enseñar unas oraciones sencillas y unos pocos actos de piedad, como ofrecer el día a Dios, hacer la señal de la cruz, etc. Especialmente será importante la adquisición de una serie de hábitos en los niños que suponen una exigencia por parte de los padres. Al llegar a los siete años el niño está en mejores condiciones de utilizar su capacidad de razonamiento. Pero, paralelamente a su capacidad de juzgar

las acciones va desarrollando su sentido moral, es decir, su capacidad de juzgar las acciones que realiza como buenas o malas de acuerdo con las reglas de moralidad. No se trata de atosigarles con demasiadas informaciones, pero tampoco de fiarse de las buenas disposiciones de los hijos sin darles esta información, para su futuro desarrollo.

Para conocer y tratar a Dios no podemos quedarnos en la formación recibida antes de la primera comunión. De hecho, hay una tendencia a abandonar a los hijos hasta la adolescencia, cuando salgan a la luz toda una serie de problemas causados principalmente por una falta de información y formación doctrinal.

Después de la primera comunión es el momento adecuado para hablar a los hijos de los Sacramentos y en especial de la Eucaristía y la Penitencia, para que vayan aumentando en gracia mediante su recepción.

Conforme van pasando los años, los hijos deberán adquirir una formación doctrinal sólida relacionada directamente con una conciencia recta y, además, compenetrarse con lo que saben que es bueno. Únicamente así el adolescente, rebelándose en general contra la autoridad, o con problemas de tipo intelectual, puede seguir adelante reconociendo los datos más importantes de su situación y acudiendo a sus padres para una orientación adecuada.

También los padres pueden enseñar a sus hijos el camino para que vayan tomando decisiones personales referentes a su fe.

En la adolescencia, los padres deben estar muy atentos a las influencias externas que pueden haber sobre sus hijos y hacer lo posible para aprovechar las positivas y neutralizar las negativas. Deben ser generosos con su tiempo, en otras palabras, hacerse disponibles para aclarar, orientar y animar cuando el hijo lo pide libremente o cuando muestra disposición abierta. Los padres no pueden luchar sustituyendo a sus hijos. Es una lucha personal por superarse continuamente.

8. ORIENTACIONES PARA LOS PADRES DE ADOLESCENTES

En primer lugar, los padres tienen que conocer a sus hijos adolescentes para luego buscar los medios que les permitan a estos hijos encontrar una fe viva y operativa.

Parece lógico que las desviaciones o problemas temporales de la fe sean de naturaleza puramente intelectual o a causa de influencias ambientales superficiales, se deben tratar con la misma atención que se concede a los problemas culturales o políticos, por ejemplo. No se trata de crear problemas

cuando no existen. De todas formas, hace falta actuar para que no lleguen a ser dificultades importantes.

El peligro más serio es que los padres se inhiban ante el desacuerdo superficial de sus hijos con ellos por no saber o no querer abordarlo. El adolescente debe encontrar por su cuenta lo que previamente había aceptado como reglas del juego en la familia.

Por eso decimos que no basta el ejemplo, aunque esté fundado en una fe viva y operativa, si no está apoyado por el uso del intelecto. Incumbe a los padres consultar a los expertos sobre libros que deben leer para poder satisfacer esta demanda justa de congruencia por parte del adolescente.

Sin embargo, la congruencia de una fe viva en los padres es también fundamental. Tienen que amar a Dios y hablar de El. Tienen que amarse y mostrarlo. El adolescente quizá no quiera imitar a sus padres y les llegue a criticar, a veces con fuerza. Sin embargo, lo importante es que tenga razón. El adolescente es muy consciente de la hipocresía. Si no tiene razón, puede que su orgullo no le permita decirlo, pero allí encuentra la seguridad que necesita en su lucha para pasar de una dependencia a una autonomía.

Lo curioso, por otra parte, es la tendencia generalizada de algunos padres de utilizar la fe como una vacuna contra la inmoralidad. Sin convicciones profundas propias quieren que sus hijos obedezcan las reglas de la moral cristiana para adecuarse al mundo de los adultos. El adolescente no es adulto, y él se debe sentir importante en su integración social, como resultado de su actuar congruente entre sus ideales y capacidades y normas. Los padres piden muchas veces a los hijos que se conformen con unas normas en las que, en el fondo, los mismos padres no creen, tales padres son hipócritas y no merecen la confianza de sus hijos.

Y por último, los padres deben prepararse a su nivel para orientar a sus hijos en lo que se refiere a problemas intelectuales, a canalizar las dudas hábilmente hacia un experto. Sin embargo, nos quedaríamos muy cortos si pensáramos que la razón nos puede resolver todos los problemas. Debemos conocer la vida afectiva, la capacidad de entrega y amor del mismo adolescente. El adolescente, para vivir la fe, debe amar esa misma fe.

9. APLICACIONES PRACTICAS O EXIGENCIAS DE LA LIBERTAD RELIGIOSA

Hemos comentado ampliamente que la libertad religiosa es algo que nace de la dignidad de hijos de Dios, que la libertad verdadera nos acerca más a Dios, ya que la verdad nos hace libres, según indica San Juan en su Evangelio, pero esa libertad lleva consigo una serie de exigencias que le van a

fortalecer y a consolidar. La libertad es una tarea constante y una exigencia fundamental de nuestra vida exige o pide una educación y un desarrollo progresivo en las distintas manifestaciones de la vida.

a) *En la familia*

Dentro del ámbito familiar se ha de desarrollar la libertad, llegando a ser autónomos, conscientes y responsables de nuestros deberes y en especial de nuestra fe.

- Ser libre quiere decir asumir las responsabilidades que uno debe aceptar en su vida.
- No nos educamos en la libertad despreocupándonos de las cosas de nuestra familia, de las personas que forman parte de ella.
- Ser libre no quiere decir prescindir de la opinión de los demás para tomar nuestras decisiones.
- Ser libre no quiere decir que nadie en la familia se «meta con nosotros», «que nos dejen en paz».
- Ser libre, por el contrario, quiere decir sentirse más responsable de las obligaciones familiares.
- Hacer a los demás participantes de nuestras necesidades y de nuestros problemas.
- Contar con ellos para tomar nuestras decisiones, ayudar a los otros a cumplir con sus obligaciones, fundar la libertad en la familia en un diálogo de padres e hijos que tengan como base el amor, la responsabilidad, el respeto de los unos para con los otros.

b) *En los estudios o en el trabajo*

En el estudio y en el trabajo somos más dueños de nuestro tiempo, tenemos más oportunidades de hacer lo que nos parece, porque no nos toman cuentas.

- Pero ser libre no es aprovecharse de esta situación nueva para campar por nuestros respetos y perder el tiempo.
- Ser libre es aceptar nuestras responsabilidades personales en el estudio y en el trabajo.
- No haciendo aquello que nos resulta más cómodo, sino aquello que es más interesante para nuestra formación, para servir a los otros, aunque resulte más difícil.

— Tenemos que aprender a usar nuestra libertad que nos concede la vida, actuando no por egoísmo o comodidad, sino por convicción personal profunda: esto, aplicado al estudio, quiere decir que nuestra persona está empeñada en la tarea y que estudiamos y trabajamos porque hemos descubierto que así desarrollamos nuestra personalidad y nuestra vocación.

c) *En la vida religiosa*

No podemos tener la fe como cuando éramos niños, tenemos que creer libremente con una convicción personal interna, no por rutina ni por externas de nuestros mayores, de la sociedad, de la Iglesia.

La fe en Cristo es un acto libre y responsable de la persona. Tenemos que vivir nuestra fe en libertad.

Tenemos que educarnos en una fe más personal, en una religiosidad más vital, en donde realizamos actos de culto o de piedad, no porque los impongan, sino porque los aceptamos interior y libremente.

Si queremos ser dueños de nuestro trabajo, de nuestro estudio, de nuestras diversiones, tenemos que ser también dueños de nuestra fe.

Si nos hacemos adultos en el estudio, trabajo, diversiones, etc., tenemos que hacernos adultos en nuestra fe, si seguimos viviendo de una manera infantil, nuestra fe entonces será un obstáculo para nuestra vida más que una ayuda eficaz.

Al mismo tiempo que maduremos en nuestra vida tenemos que madurar en nuestra fe: la revisión personal nos ayudará a ello, ya que nos descubrirá el sentido que a los ojos de la fe tiene toda nuestra vida y la necesidad de alimentar la fe, cada vez más madura, con recurso personal, responsable a los sacramentos, a la formación religiosa, etc.

La educación en la libertad tiene que ser al mismo tiempo una educación en una fe más libre, más personal y profunda, una fe que de verdad dé sentido a nuestra vida.